

MARIO VARGAS LLOSA: PARA QUÉ SIRVE LA LECTURA

Cristina Peri Rossi

Escritora

El discurso de Mario Vargas Llosa el 7 de diciembre de 2010, al recibir el Premio Nobel, tuvo por título “Elogio de la lectura y la ficción”, aunque su temática y alcance fueron mucho más amplios. Se trata de un discurso humanista, en los dos sentidos de la palabra: “humanista” porque concierne a la condición humana y “humanista” porque se refirió a la utilidad de la literatura, un tema que ha interesado a sociólogos, filósofos y a los propios artistas, aunque éstos, en general, no se hacen la pregunta, sólo la responden. El discurso parece responder a una pregunta implícita, a comienzos del siglo XXI, dominado por la técnica, los medios audiovisuales, el individualismo feroz y la competitividad despiadada: ¿sirve para algo la literatura? Y la respuesta que da, desde su subjetividad y desde su conciencia de pertenecer al género humano, es completamente afirmativa. No sólo responde que sí; también nos ilustra, nos ilumina, acerca de cuál es su utilidad. El arte no es nunca arte por el arte, a pesar de la escritura automática; el arte es una experiencia que se instala en el hueco que la vida siempre deja a la decepción, en la frustración de ser individuos acosados por el aquí y por el ahora, por las inclemencias de la Historia y por los vaivenes del azar. La literatura se inscribe en la *falta* freudiana: somos sujetos inacabados, parciales, no somos el todo ni la unidad, no estamos completos. Ahí donde hay un agujero en la realidad, un azar, una incompreensión, un sinsentido, aparece el relato, la narración para llenar ese agujero, esa falta angustiada. Dice Freud que la vida siempre produce un cierto malestar. No explica por qué, pero es obvio: porque no complace todos nuestros sueños, porque nos sorprende con desdichas, porque no la controlamos; la vida suele controlarnos a nosotros a través de las dependencias del cuerpo (enfermedades, traumas), de la dependencia de

la Historia (leyes, injusticias, dictaduras), del deseo o falta de deseo. La condición humana es dependiente y sólo un delirio omnipotente puede creer que la domina. Justamente en ese malestar inherente a la vida individual se inscribe la literatura, afirma Mario Vargas Llosa: la ficción “*crea una vida paralela donde refugiarnos contra la adversidad, que vuelve natural lo extraordinario y extraordinario lo natural, disipa el caos, embellece lo feo, eterniza el instante y torna la muerte un espectáculo pasajero*”. Pocas veces se han descrito de manera tan apropiada las funciones de lectura. “Crea una vida paralela”: vivimos entre relatos, orales o escritos. Hasta los niños pequeños elaboran de manera inconsciente pequeños relatos sobre lo que les ha sucedido o han visto. La capacidad de narrar es posiblemente una de las funciones más antigua del cerebro (la metáfora es una analogía, una función más compleja, por eso podemos decir que la poesía corresponde a un nivel más evolucionado del cerebro). Es posible que toda la evolución humana se funde en esta capacidad de narrar, de ficcionar que es exclusiva de nuestra especie. ¿Y qué beneficio tiene esta necesidad de consumir otras vidas, otras experiencias? El primero de todos: sustraernos a nuestro yo limitado. Por un rato, podemos viajar fuera de nosotros mismos, podemos vivir en el “como si”. No hay nada más estrecho que una sola vida, por más rica e intensa que sea. La literatura también es un refugio contra la adversidad, como señala Mario Vargas Llosa, porque abre un paréntesis en la realidad. Nos proyecta hacia mundos exteriores o internos diferentes, o todo lo contrario: especulares. Tanto unos como otros cumplen la finalidad suprema de crearnos vínculos, de huir de la soledad y de la angustia.

“De la caverna al rascacielos, del garrote a las armas de destrucción masiva, de la vida tautológica de la tribu a la era de la globalización, las ficciones han multiplicado las experiencias humanas, impidiendo que hombres y mujeres sucumbamos al letargo, al ensimismamiento, a la resignación. [...] La literatura introduce en nuestros espíritus la inconformidad y la rebeldía, que están detrás de todas las hazañas que han contribuido a disminuir la violencia en las relaciones humanas. [...] Por eso tenemos que seguir soñando, leyendo y escribiendo, la más eficaz manera que hayamos

encontrado de aliviar nuestra condición perecedera, de derrotar la carcoma del tiempo y de convertir en posible lo imposible.”

Me gustaría insistir en que el discurso de Mario Vargas Llosa inscribe la ficción como una *necesidad* de la condición humana.

Al repasar a los diferentes escritores que lo formaron, Vargas Llosa nombra a Jean-Paul Sartre y dice que le enseñó *“que las palabras son actos y que una novela, una obra de teatro, un ensayo, comprometidos con la actualidad y las mejores opciones, pueden cambiar el curso de la historia”*. Esta cita me parece de verdadera importancia, porque, en una época donde el “entretenimiento” escapista parece la panacea contra el dolor, las injusticias, la violencia, la desigualdad, recupera la noción de compromiso de la literatura, que la posmodernidad ha querido negar, trivializando su capacidad de enjuiciamiento. En ese sentido, también, el discurso de Mario Vargas Llosa es humanista: la lectura “forma” moralmente a los individuos, no sólo los entretiene. No en el sentido estrecho de moral como conducta, sino en el filosófico de agrandar el conocimiento y la capacidad de comprensión.

Y es, también, el ámbito de lo universal, en contra de las fronteras. Nadie puede contener la expansión de una novela, de un poema, porque nos concierne como individuos, como especie: leer es *“la más eficaz manera que hayamos encontrado de aliviar nuestra condición perecedera, de derrotar la carcoma del tiempo y de convertir en posible lo imposible”*: único triunfo frente a la muerte. *“La buena literatura tiende puentes entre gentes distintas, y haciéndonos gozar, sufrir o sorprendernos, nos une por debajo de las lenguas, creencias, usos, costumbres y prejuicios que nos separan”*.

Es un discurso político, también, no sólo porque todo lo que es, es político, sino porque repasa su trayectoria individual. *“En mi juventud, como muchos escritores de mi generación, fui marxista y creí que el socialismo sería el remedio para la explotación y las injusticias sociales que arreciaban en mi país, América Latina y el resto del Tercer Mundo. Mi decepción del estatismo y el colectivismo y mi tránsito hacia el demócrata y el liberal que soy fue largo, difícil y se llevó a cabo despacio ya raíz de episodios como la conversión de la Revolución Cubana, que me había entusiasmado*

al principio, al modelo autoritario y vertical de la Unión Soviética". Podemos decir, sin duda, que la trayectoria política de nuestro flamante Premio Nobel es representativa de las ilusiones y las decepciones del siglo XX y que ha vivido lo suficiente como para contarlo. Un ciudadano del siglo XX también en el sentido de su cosmopolitismo universalista: aunque lleva al Perú en el corazón, ha vivido en París, Londres, Nueva York, Barcelona, Madrid y Brasil.

No podían faltar en este discurso que compendia su vida las referencias a España, tan decisiva para América Latina desde su descubrimiento. *"La conquista de América fue cruel y violenta, como todas las conquistas, desde luego, y debemos criticarla, pero sin olvidar, al hacerlo, que quienes cometieron aquellos despojos y crímenes fueron, en gran número, nuestros bisabuelos y tatarabuelos, los españoles que fueron a América y allí se acriollaron."* Vargas Llosa deja clara su deuda con España: *"Si no hubiera sido por España, jamás habría llegado a esta tribuna, ni a ser un escritor conocido."*

Dice el dicho popular que detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer. En el caso de Mario Vargas Llosa, hay dos. (El dicho al revés no funciona: detrás de una gran mujer casi nunca hay un gran hombre). La primera, su esposa Patricia, *"la prima de naricita respingada y carácter indomable con la que tuve la fortuna de casarme hace 45 años y que todavía soporta las manías, neurosis y rabietas que me ayudan a escribir. Ella lo hace todo y lo hace bien"*. Evidentemente, Patricia no es sólo esposa y madre de sus hijos: es su telefonista, su recepcionista, su secretaria, la organizadora del hogar y la administradora...

La otra es Carmen Balcells, su agente literaria, la mujer que fue a buscarlo a Londres para asegurarle la paga mensual que lo quitaría de la obligación de dar clases y le permitiría dedicarse plenamente a la literatura. Agente literaria y sucursal bancaria.

Sin duda, ha sido un escritor con suerte: tener dos mujeres a su servicio es de sultán.

Mario Vargas Llosa recuerda el período de su juventud en que vivió en Barcelona, en la década de los setenta y nos advierte contra la plaga del nacionalismo catalán. *“Detesto toda forma de nacionalismo, ideología —o más bien, religión— provinciana, de corto vuelo, excluyente, que recorta el horizonte intelectual y disimula en su seno prejuicios étnicos y racistas, pues convierte en valor supremo, en privilegio moral y ontológico la circunstancia fortuita del lugar de nacimiento. Junto con la religión, el nacionalismo ha sido la causa de las peores carnicerías de la historia, como las dos Guerras Mundiales y la sangría actual de Medio Oriente”*, advierte.

Un discurso memorable, y una advertencia que ojalá no cayera en saco roto. Pero en un día de tanto regocijo, Mario Vargas Llosa no quiso decir algo que todos sabemos: si la literatura es útil, no ha servido, empero, para evitar esas guerras mundiales, ni las injusticias, ni las matanzas. Era un día de alegría, para compartirla con todos los que hemos vivido terribles dictaduras, exilios, sobrevivido, y seguimos encontrando consuelo en la literatura. En la suya y en la de otros y otras.

Barcelona, abril de 2011